

TEORÍA Y PROYECTACIÓN ARQUITECTÓNICA_TPA-05

GEOMETRÍAS COLABORATIVAS: METAMODERNIDAD Y EL PROYECTO COLECTIVO DE MIGUEL BRACELI

Manuel Vásquez-Ortega

Tesista de la Escuela de Arquitectura; Preparador del Departamento de Materias Históricas y Humanísticas, Facultad de Arquitectura y Diseño, Universidad de Los Andes (ULA).
manuuvo@gmail.com

RESUMEN

En plena era de la globalización, llena de continuos cambios y acelerados descubrimientos, la arquitectura, su práctica y teoría, se encuentra con encrucijadas existenciales que ponen en discusión su futuro, cuyas decisiones llevan consigo el peso del urbanismo, la ciudad, la sociedad y, por ende, el hombre. Ante ello, una modernidad más que nunca cuestionada parece no poder dar respuesta ante la desmesurada “evolución” de la contemporaneidad sin nombre; haciéndose cada vez más necesaria la revisión del proyecto moderno, su confusa actualidad y, junto a esto, la evaluación de los productos que este sistema occidental de pensamiento ha traído consigo, siendo la arquitectura uno de sus aspectos más relevantes. Aparece entonces la metamodernidad como aparente respuesta de transición a un nuevo momento del pensamiento humano, que busca superar la decadencia moderna a partir del reconocimiento de sus debilidades. Pero, ¿cómo se adapta esta nueva corriente filosófica a Venezuela (y Latinoamérica) a sabiendas de que su salto a la modernidad se sigue apreciando tardío, abrupto e inacabado en las páginas de la historia, sumado a un complicado panorama actual social-económico y político? Tras la revisión de distintas formas de arquitectura contemporánea, encontramos entonces el caso de estudio principal de la investigación: el Proyecto Colectivo de Miguel Braceli, que tras un complejo y completo repertorio de obras e intervenciones se hace catalogar como una respuesta metamoderna en medio del trópico, replanteando el estado del arte en la arquitectura y destacando en esta los procesos de creación grupal. A través de investigación bibliohemerográfica se analizan los preceptos del manifiesto metamoderno, relacionándolos con la obra de Braceli, para finalmente reflexionar sobre la importancia de las relaciones sociales en los procesos creativos, el quehacer arquitectónico contemporáneo y la responsabilidad de los ciudadanos en la construcción de la ciudad.

Palabras clave: metamodernidad, modernidad líquida, filosofía y arquitectura, Miguel Braceli.

INTRODUCCIÓN

Tras muchos años de reflexión sobre la modernidad, esta continúa siendo uno de los espacios más importantes del pensamiento humano, paradoja histórica que ha decretado muerto, superado y revisado al *proyecto de pensamiento con base en los conocimientos infinitos* (Habermas, 1981) que aún se sobrelleva con sus logros y fracasos. Así nos encontramos ante una situación de erosión social que lleva a la instauración espontánea y casi inadvertida de un pensamiento nuevo, *creado por la incapacidad de una misma cultura para comprenderse según bases establecidas* (Salas, 1991), explicada en la hipótesis de la discontinuidad epistemológica de Foucault, en la que el autor plantea el escenario histórico de una civilización que deja de pensar como lo ha hecho hasta entonces y se dispone a pensar en otra cosa y en una forma diferente.

Anclados a este momento reflexivo de abstracta fluidez –*metáfora regente de la actual etapa de la era moderna* (Bauman, 2002)–, la figura del otro, tipificado extraño por desconocido, se ve duramente cuestionada en la identificación del rumbo de la contemporaneidad, en la que una tradición egoísta, egocéntrica y recientemente ególatra ha traído consigo una serie de efectos adversos propios de la occidentalización, acompañada de una modernidad que aún hoy continúa dispersándose para llegar a nosotros con las ventajas y desventajas propias de la tardanza.

Ahora, en Venezuela como en muchos países latinoamericanos, la modernidad tardía, sobremoderna, o simplemente “propia” continúa exigiendo reflexionarla para comprenderla, mientras deja ver a través de ejemplos alrededor del mundo que la construcción del futuro se hace posible al sumar a los individuos.

1. “NUESTRA” MODERNIDAD



Imagen 1: Parque Central. (Julio César Mesa, 2016).

La modernidad en los procesos venezolanos se muestra en la extrañeza de una palabra evasiva, que de su fuerza original de proyecto emancipador de la sociedad sólo nos ha dejado la consideración de un término débil, desactivado de su univocidad, para convertirse en un lugar híbrido, transparente, traspasable, preparado para impregnar a todos los contextos de la existencia actual (Marín, 2006).

Para Venezuela, la máquina de la modernidad hace combustión con la explotación petrolera y la adopción del modelo rentista como sustento de la economía nacional (segunda década del siglo XX), “aun siendo este incapaz de sostener el descontrolado y desmesurado proceso de urbanización de las ciudades” (Piccinato, 2007), sumado a la ebullición cultural y la inversión de capital extranjero en la empresa privada nacional. Caracas se convierte en la meca tropical del progreso y la occidentalización gana otra batalla; así, la liquidez con la que Bauman (2002) definió una modernidad que *no se fija al espacio ni se ata al tiempo*, se ve condensada en una colectividad cuyo salto del campo de café al campo petrolero fracturó un concepto clave para la armonía de cualquier país en vías de desarrollo: *la comunidad*.

La trama de relaciones sociales existentes en el pasado entre los habitantes de las pequeñas ciudades venezolanas era tan clara y lógica, como el trazado de sus calles, lugares de amabilidad y respeto característicos de la convivencia premoderna referida coloquialmente como la “época de Maricastaña”. Pero al *diluir los sólidos* en pos de la fluidez moderna, estas relaciones, agencias de acción colectiva, se desmoronan y desarraigan de la tradición para poder re-arraigarse en nuevos preceptos de la sociedad ideal.

Como consecuencia, nuestra actualidad se manifiesta desarticulada, conformada por nuevos grupos étnicos de creencias confusas e intereses particulares, cuyos integrantes se identifican como extraños con probabilidades de conocerse en un acontecimiento sin pasado y posiblemente sin futuro, reafirmando que una comunidad es en esta época, “la última reliquia de la utopía de una buena sociedad” (Bauman, 2002).

Por su parte, la arquitectura como producto cultural por excelencia, ha encontrado en la complejidad de lo contemporáneo un espacio de experimentación en la búsqueda de reconstruir los lugares que la modernidad ha hecho dejar atrás, al hacer énfasis especial en la sensibilidad de los procesos, la reflexión sobre las experiencias, el respeto hacia las tradiciones y el diálogo contextual que la aleja cada vez más de las ostentaciones de objetos arquitectónicos convertidos en teatro de los problemas urbanos y, algunos, los problemas en sí mismos.

Proyecto Colectivo

El panorama contemporáneo de la construcción y la edificación en Venezuela no se aleja de la realidad mundial, en la que se presenta de manera compleja una bifurcación entre el producto comercial, dotado de lujos y tecnologías, y por otra parte una destinada a la reflexión, solución y resolución de problemas heredados tras años de erigir ciudades sin meditar sobre ellas. En estos, la condición “líquida” de nuestra modernidad brinda un margen de experimentación entre lo que puede ser (o no) la arquitectura.

Para Christian Norberg-Schulz (1999), desde tiempos remotos es esta arquitectura la que ha ayudado al hombre a dar significado a la existencia, y es mediante ella que se ha conquistado un equilibrio en el espacio y el tiempo. En consecuencia, la arquitectura trasciende las necesidades prácticas y la economía, pues “se ocupa de significados existenciales”, derivados de fenómenos naturales, humanos y espirituales, traducidos posteriormente a formas espaciales que significan lugar, recorrido y área, es decir, la estructura concreta del ambiente humano.

En consecuencia, la arquitectura no puede describirse solo en términos de conceptos geométricos o semiológicos, sino que debe entenderse en términos de formas significativas. En la actualidad, el individuo siente la urgencia de reconquistar la arquitectura como fenómeno, y es entre estos casos que encontramos a *Proyecto Colectivo*, una iniciativa dirigida por el arquitecto y artista venezolano Miguel Braceli, que desdibuja la estigmatizada connotación de la otredad, para integrarla en sus intervenciones procesuales a gran escala,

en las que el paisaje y el individuo, entendido como la unidad de un todo, coligan en una transformación momentánea del espacio, mientras este supera su concepción tradicional de receptáculo vacío e inerte para ser resultado de la acción, las relaciones, las experiencias sociales, y a su vez parte de ellas.

Al sumar esfuerzos individuales, Braceli dirige colectividades circunstanciales con fines determinados: rodear un espacio, desplazar un material o activar un dispositivo; a través de redes de interacción, colaboración y participación entre los integrantes del acto, que convocados o agregados espontáneamente, realizan una práctica de diálogo en un proceso creativo catalizador de la reclamación y reapropiación del lugar.



Imagen 2: Área. (Miguel Braceli, 2014)

Bauman (2002) afirmó que “los espacios vacíos están principalmente vacíos de sentido”, encontrando en la ciudad moderna un amplio repertorio de no lugares en los que el usuario se siente vulnerable y perdido, alarmado y hasta atemorizado ante la posibilidad de interactuar con otros seres humanos. Mientras tanto, ese sujeto, receptor sensorial del espacio, establece vínculos con el lugar en los que comparte una serie de informaciones que le harán aprehenderlo o rechazarlo, encontrando un claro ejemplo de este suceso comunicacional entre individuo y espacio urbano en *Área* (2014), una intervención participativa sobre el espacio público a cargo de Miguel Braceli.

La presencia espectral del proyecto moderno aparece como escenario en las estructuras arquitectónicas que contienen a la plaza Caracas, hito y emblema de la ciudad progresista, cargados de una pesada historia y un aire altamente politizado. En medio de este espacio, Braceli sigue la geometría de ángulos rectos, propia de la arquitectura moderna, e inscribe un rectángulo delimitado por 400 metros de cinta industrial, sostenida por un grupo de personas que como puntos móviles se desplazan coreográficamente alrededor del espacio vacío y hasta entonces desprovisto de sentido.

Con el fin de responder de manera tangible y conmensurable a una serie de preguntas establecidas previas a la acción (*¿cuáles son las dimensiones de la ciudad y cuáles las de la arquitectura? ¿Cómo se dibujan estas relaciones desde sus habitantes? ¿Cuáles son las dimensiones de lo público? ¿Cuáles son sus contenidos?*), la intervención deconstruye los límites semánticos del espacio público a través de la paradoja de erigir con esfuerzos conjuntos un objeto que lucha invariablemente por deshacerse de su constructividad, al crear

nuevas relaciones sociales dentro de un contexto urbano comprometido por la segregación y a su vez reformular los cuestionamientos iniciales para pensar, si, como en el pasado, el remedio fuera marchar codo a codo y al mismo paso.

En un acto efímero pero de sensible contundencia, la obra supera su condición objetual mientras elimina los límites entre arte y espectador, para así presentar al cuerpo como un elemento más en la estructura, unido al objeto artístico en un acto de emancipación del sujeto. Este individuo, al interconectarse y compartir intimidad con otros, abandona su figura de actor individualizado para re-arraigarse en un espacio-tiempo determinado, siendo este, según Richard Sennett, *el único método restante para construir comunidad*.

Así, al sustituir la búsqueda de la verdad absoluta y de forma particular por el *convivir*, el hombre moderno se inicia en la “metamodernidad” para convertirse en un ser de convivencia dialogal que *supedita toda experiencia humana al vivir ético* (López Herrerías, 2009).



Imagen 3: Área. (Miguel Braceli, 2014)

2. “ENTRE Y MÁS ALLÁ”

El prefijo “*meta*” indica superación: *después de, más allá de*; pero la *Meta-modernidad* no se presenta como un simple salto del proyecto moderno, que vigente o fracasado se mantiene como base conceptual de este nuevo momento reflexivo de la contemporaneidad, mientras supera sus debilidades más que sus premisas, con el único objetivo de dar respuesta a los grandes problemas del hombre de hoy a través de la coexistencia.

En 2010 la *Metamodernidad* es propuesta como un planteamiento estético-filosófico por los teóricos culturales Timoteo Vermeulen y Robin van den Akker, basados en “el movimiento de polos opuestos y más allá de ellos un romanticismo pragmático sin obstáculos por anclaje ideológico síntesis entre la poesía y la ciencia”, a través del Manifiesto Metamoderno¹ que en ocho premisas plasma una nueva ontología contemporánea.

En su tercer punto, el manifiesto expresa que “El Movimiento a partir de ahora será entendido como la oscilación entre posiciones con ideas diametralmente opuestas, operando como las polaridades pulsantes de una máquina eléctrica colosal, propulsando el mundo en acción”.

¹ Nota: Traducción del autor. Original: <http://www.metamodernism.org/>

Siguiente a esto, afirma que “El presente es un síntoma del nacimiento gemelo de la inmediatez y la obsolescencia. *Hoy en día somos nostálgicos tanto como somos futuristas*. La nueva tecnología permite la experiencia simultánea y la aprobación de actos de una multiplicidad de posiciones. *Lejos de señalar su desaparición, estas redes emergentes facilitan la democratización de la historia, que ilumina los senderos bifurcados a lo largo de la cual sus grandes relatos pueden navegar en el aquí y ahora*”.

Tras siete premisas, finaliza aseverando que el error engendra sentido: “Así como la ciencia busca la elegancia poética, los artistas podrían asumir una búsqueda de la verdad. Toda la información es motivo de conocimiento, sí, sin importar su valor de verdad empírica o aforística. Debemos abrazar la síntesis científica-poética y la ingenuidad informada de un realismo mágico”.

Al ser más descriptivo que prescriptivo, el discurso metamoderno se presenta como un medio inclusivo de articular los desarrollos en curso, asociados a una estructura del sentimiento, para los que el vocabulario de la crítica (moderna y posmoderna) ya no es suficiente, pero cuyos caminos futuros aún no se han construido; por ello se hace posible calzar en este espacio de transición conceptual a la obra de Miguel Braceli, definida por el investigador de arte Félix Suazo como “estrategias contemporáneas de estética moderna”, herencia irrevocable de la abstracción geométrica que se enraíza en la memoria visual y espacial del venezolano como imagen de la construcción inacabada de una utopía.

Mientras tanto, esa condición perenne de la modernidad inconclusa permite crear diferentes versiones de un final desconocido en el que todo se hace posible, siendo esta una metáfora presente en *Construir el mar* (2015), acción participativa en la que lo imaginario de la mano de lo abstracto logra la transformación de uno de los espacios más icónicos de la modernidad latinoamericana: la Ciudad Universitaria de Caracas. Utilizando como fondo y soporte un ejemplo de que las utopías se edifican, Braceli nuevamente articula una masa de individuos con muchos o pocos nexos entre sí, para construir por medio de una expresión simbólica las formas de olas de un mar abstracto que en paralelo evidencia el poder de la imaginación como el acto creador más humano.

Construir es, en términos de Heidegger (1951), un verbo más allá de lo físico-material, relativo a habitar en la proximidad, habitar el hábitat, permanecer y residir. Siguiendo esta idea podría afirmarse que convivir aparece entonces como otra forma de construir, en la que las relaciones humanas encuentran nuevos sentidos en la civilidad, capacidad de interactuar con extraños sin atacarlos ni presionarlos para que dejen de serlo, y así empezar a disfrutar de la mutua compañía que hará a los individuos más ciudadanos.



Imagen 4: *Construir el mar*. (Miguel Braceli, 2015)



Imagen 5: *Construir el mar.* (Miguel Braceli, 2015)

CONCLUSIONES

Al ser Venezuela un país con una marcada polarización producto de desigualdades socioeconómicas que se enfatizan con temas de ideología y política, se hace difícil pensar en la posibilidad de convivir con las diferencias (por no hablar de regocijarse en ellas y aprovecharlas), encontrando una gran enseñanza en el proyecto colectivo de Miguel Braceli, que logra en lo efímero de cada intervención transformaciones perdurables para la ciudad, donde un grupo de personas que comparten una complicada actualidad confirman entre sí que no están solos en la lucha con sus dificultades, infundiendo nuevos ánimos y energías a la alicaída decisión de seguir su lucha.

Las metáforas de metamodernidad, construidas por Braceli, demuestran que la individualidad se hace fuerte al convertirse en colectivo, condensando preocupaciones particulares en intereses comunes y posteriormente en una forma de acción titánica, instrumento de ciudadanía y conciencia, que devuelve las esperanzas en aquella definición aristotélica de la ciudad como “un grupo de personas unidas por una decisión de vida común” (Nava Contreras, 2009), en medio de un tiempo de pensamiento capaz de volver atrás para recoger a los heridos de una lucha de conceptos, ayudarlos e integrarlos en un pensamiento nuevo y rico sin necesidad de recurrir a formas que, aunque novedosas, chocan contra la realidad del existente concreto individual.

La construcción y recuperación de las urbes o el paso a la contemporaneidad de las mismas nos exige habitar en la proximidad de los otros, superando premisas heredadas de ideales viciados en su recorrido para apostar a la convivencia, al diálogo y la comunicación, olvidando la separación polar del creador y el espectador para evolucionar hacia un estado plural de autores y, así, devolver la autonomía de erigir ciudades según sean las necesidades de sus habitantes, actores emancipados de la apatía que acuerdan sus diferencias, con el fin de crear y recrear los espacios de reunión y reconocimiento que les servirán de intermediarios en la reconstrucción de su sociedad, pues, coincidiendo con Bourriaud (2008), “parece más necesario crear relaciones posibles con los vecinos en el presente, que esperar días mejores en el futuro”.



Imágenes 6 y 6: *Cubierta móvil.* (Miguel Braceli, 2015)

REFERENCIAS

Aguilera, O. (2008). *La construcción de una identidad ciudadana en Venezuela, desde la dinámica urbana, en la segunda mitad del siglo XX.* Mérida: Universidad de Los Andes, Vicerrectorado Académico.

Bauman, Zygmunt (2002). *La modernidad líquida.* Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Bourriaud, Nicolás. (2008). *Estética relacional.* Buenos Aires, Argentina: Adriana Hidalgo Editora.

Briceño Guerrero, J.M. (1966). *América Latina en el mundo.* Caracas: Editorial Arte.

Habermas, F. (1981). *La modernidad inconclusa.* Vuelta.

Heidegger, Martin (1951). *Construir, habitar, pensar.*

Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio.* Madrid: Capitán Swing Libros, S.L.

López Herrerías, J.A. (2009). *From modern 'I' to metamodern 'I': towards other culture and education.* España: Universidad Complutense de Madrid.

Marín, E. (2006). *Soto: Reflexiones para una modernidad venezolana*. Mérida: Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones.

Nava Contreras, M. (2009). *Del concepto de polis entre los antiguos griegos*. Mérida: Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones.

Norberg-Shulz, C. (1994) *Historia de la Arquitectura Occidental*. Barcelona: Gustavo Gili Ediciones.

Piccinato, G. (2007). *Un mundo de ciudades*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana.

Salas, M. (1991). *Arquitectura y contemporaneidad*. Mérida: Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones.

Segre, R. (1983). *América Latina en su arquitectura*. París: Unesco.